

LA INTERVENCIÓN ESPAÑOLA EN LA REVOLUCIÓN HÚNGARA DE 1956 SEGÚN LAS FUENTES HISPANO-HÚNGARAS

Ádám Anderle

Universidad de Szeged, Hungary. E-mail: anderle@hist.u-szeged.hu

Recibido: 1 Diciembre 2005 / Revisado: 12 Enero 2006 / Aceptado: 27 Enero 2006 / Publicación Online: 15 Junio 2006

Resumen: El presente artículo trata de la participación española en la Revolución Húngara de 1956 con la novedad de presentar fuentes nada o poco conocidas: los despachos que Ferenc Marosy, ministro de la oficiosa Real Legación de Hungría en España entre 1948-1969, envió a sus superiores en Nueva York, al denominado *Comité Nacional Húngaro*, que era el gobierno húngaro en el exilio; las memorias manuscritas del propio Marosy; los informes del Archivo de ministerio de Asuntos Exteriores (MAE) de España y de Hungría y, finalmente, los documentos relativos al tema procedentes del Archivo de la República en el Exilio, de Madrid.

Palabras Clave: archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, comité nacional húngaro, Francisco Marosy, fuentes nuevas, participación española, real legación de Hungría en el exilio en España, revolución húngara de 1956.

El tema de la revolución húngara de 1956 cuenta con una abundante producción histórica de la que forman parte múltiples versiones internacionales de este importante evento. Sin embargo, lo que llama la atención es que en el panorama de la historiografía húngara (y no sólo en este tema) existen grandes limitaciones, ya que, tras la visión húngara conocida de París, Londres o Roma y Washington, es necesario cuestionar y precisar muchos de los lugares comunes que tradicionalmente han sido dados por buenos hasta este momento. Por el mismo motivo, tampoco sabemos demasiado sobre las repercusiones de la revolución húngara en el mundo hispánico y, a este respecto, paradójicamente, el libro de María Dolores Ferrero Blanco, la más importante contribución

española/hispana en este tema, que no ha tenido el merecido eco en Hungría¹. Lo mismo ocurrió con el excelente libro de Matilde Eiroa que tampoco recibió atención suficiente en mi país². Las razones son, lamentablemente, de carácter político y ajenas al valor científico de dichas obras.

Centrándonos en el tema de la revolución húngara de 1956 (que es el que ahora nos ocupa) es lamentable tener que reconocer que actualmente es en Hungría un tema mucho más político que científico-histórico. Los partidos políticos actuales, principalmente de la derecha, están buscando argumentos/antecedentes (o quieren crearlos) en la historia húngara mezclando sus intereses políticos con elementos históricos y “encontrando raíces” de la izquierda actual en el comunismo moscovita. Además de que existen monopolios científicos en Hungría y a los “verdaderos” investigadores de este tema (con una concepción monopolista) les molestan las investigaciones de los “outsiders” hispanistas³.

Sin embargo, no es éste el momento más adecuado para analizar las condiciones actuales de la historiografía húngara. Mi propósito ahora es más modesto y sólo quisiera presentarles algunas fuentes desconocidas (fuentes sobre España pero en su mayoría en idioma húngaro) para ofrecerles ciertas informaciones sobre las repercusiones de los acontecimientos húngaros en España.

Las fuentes principales de mi ponencia son los despachos de Ferenc Marosy⁴, ministro de la oficiosa Legación Real de Hungría en España entre 1948-1969, enviados a sus superiores en Nueva York, al *Comité Nacional Húngaro*, que era el gobierno en el exilio y, junto a ellos, las

memorias manuscritas del mismo Marosy⁵. En segundo lugar, algunos nuevos informes de los despachos de los archivos de los ministerios de Asuntos Exteriores tanto de España, como de Hungría y, por último, la documentación relativa a 1956 procedente del Archivo de la República en el exilio.

Lo más interesante y que llama más la atención a este respecto (a la luz de la documentación encontrada sobre España) es que “ambas Españas” reaccionaron de la misma manera entre octubre-noviembre de 1956: con solidaridad. Pero con grandes diferencias en el contenido y las metas. Franco y su gobierno estuvieron motivados por su anticomunismo feroz, mientras que el gobierno republicano en el exilio se identificó con los objetivos y anhelos de la revolución húngara. Sin más preámbulos, paso inmediatamente a presentarles las fuentes.

Ferenc Marosy, ministro de la legación real húngara, informa así sobre la llegada a España de la noticia de la revolución de 1956:

“El 24 de octubre de 1956 estábamos sentados a la mesa. Ofrecimos una comida y nuestros huéspedes eran: el jefe político del Ministerio de Asuntos Exteriores, el embajador austríaco, el marqués de Valdeiglesias y Antonio Oriol y Urquijo, el presidente futuro del Consejo de Estado. Cuando sirvieron la carne, mi ayuda de cámara anunció que el embajador checo, Formanek, me llamaba por teléfono. Yo no tenía buenas relaciones con los representantes de la Entente y, por un momento, me planteé abandonar a mis invitados. Cuando de mala gana decidí ir a mi despacho, Formanek me dijo lo siguiente: “Le felicito, mi querido colega. En Budapest el pueblo se alzó contra el poder comunista. Reciba mi mayor admiración por su nación y mis parabienes más sinceros de todo corazón”. Casi no quería creer lo que estaba oyendo. Era como si se hubiera encendido una estrella prodigiosa en la noche oscura. A la mesa, mis invitados se quedaron perplejos también. Pero llegaron noticias confirmando los hechos. Pasada una media hora, me llamó Otto de Habsburgo desde Munich y me informó de los acontecimientos húngaros”.

Seguidamente, Marosy describe la atmósfera inquieta de aquellos días y, aludiendo a Otto de Habsburgo y dice: “En la mañana del 4 de noviembre su Alteza volvió a llamarme y me comunicó que el ejército ruso había atravesado la frontera y me ordenó que fuera al Pardo

inmediatamente y que en su nombre pidiera a Franco que enviara ayuda a los independentistas húngaros”.

Para comprender las continuas menciones a Otto de Habsburgo, es imprescindible mencionar la buena relación existente, ya de antes, entre Otto de Habsburgo y Franco, así como la circunstancia de que Otto fue quizá el personaje en quien más confió Franco y de quién quería obtener siempre las versiones sobre lo que ocurría en Hungría. Ese hecho fue el que motivó, en gran parte, la disponibilidad de acogida de la emigración húngara en Madrid y su mediación ayudó eficazmente al desarrollo de la misma.

Sigue así el relato de Marosy:

“Me precipité al Pardo, pero Franco estaba de cacería en el campo. Por eso dejé el mensaje en escrito que fue transmitido personalmente por el embajador Rolland, el jefe de protocolo de Asuntos Exteriores a Franco, cuando éste llegó a casa por la noche. Como después me informaron, Franco había convocado el Consejo de Ministros para aquella noche y allí fue donde se decidió enviar a Hungría un ejército voluntario. Muñoz Grandes, el ministro de Guerra y el ex capitán general de la División Azul, enviada al frente ruso (en la Segunda Guerra Mundial, Á.A.) abandonó su cartera para hacerse comandante de la división española destinada a la ayuda de los húngaros sublevados. Mientras tanto, Franco ordenó que se llevara al aeropuerto armamento, equipo y munición suficientes para una división, para que los aviones americanos pudieran transportarlos a Sopron. Además, al general Noriega le nombró oficial de enlace para mantener conmigo la comunicación permanente [...].

“Por desgracia, este generoso proyecto no se realizó por la actitud de los EEUU y por la aceleración de los acontecimientos. El secretario general de la Liga Húngara de América, Béla Bácskai me hizo saber ya antes que la Liga había hecho gestiones ante el gobierno norteamericano para que éste cediera al menos los aviones, si no armas, a la ayuda española para realizar el transporte desde Madrid a Hungría. Esto era necesario porque en 1956 España no disponía de aviones que pudieran hacer la distancia entre Madrid y Sopron sin reservas de combustible. Habría sido necesario una escala a medio camino pero que no era posible ni en Suiza ni en Austria, por su

neutralidad, ni en territorio alemán, por la prohibición de los poderes ocupantes. En la mañana del lunes me entrevisté para tratar este asunto con Martín Artajo, el ministro de Asuntos Exteriores, que me comunicó también oficialmente la actitud favorable del gobierno español.

Sin embargo, por la tarde de aquel mismo día (5 de noviembre) Bácskai me llamó por teléfono y me dijo que el gobierno norteamericano no había aprobado la cesión de los aviones. Más tarde se puso de manifiesto también que el State Department había ordenado al embajador americano en Madrid que hiciera todo lo posible para que gobierno español se abstuviera de intervenir. Ésta es la historia auténtica oficial de la contribución española en la revolución húngara de '56".

"Poco después -cuando iba conduciendo hacia Valencia para participar en la salida del tren de arroz donado a los húngaros-, cerca de Albacete, en una gasolinera, me encontré por casualidad con John Davis Lodge. Al verme, el embajador americano se apeó de su coche, se me acercó y me dijo: 'My dear Minister, I am ashamed that my Government has so abandoned your unfortunate country' "6.

El asunto de la intervención militar española en Hungría dio lugar a muchas leyendas, pero sólo pudo ofrecer una perspectiva objetiva después de la compra del archivo privado de Bakach-Bessenyei por el Archivo Nacional de Hungría (MOL), y después de que éste pusiera al anterior a disposición de los investigadores7.

György Bakach-Bessenyei había sido el responsable de los asuntos exteriores del Comité Nacional Húngaro con sede en Nueva York. Recibía con regularidad los informes de Marosy y, por ello, también le llegaron los de 1956.

Los despachos de Marosy del archivo privado de Bakach-Bessenyei guardan una documentación muy rica sobre el período entre 1948 y 1956.

Este tema de la intervención militar española está más detallado y matizado en esos informes que en las memorias. Según sus informaciones, Otto de Habsburgo comunicó a Marosy lo siguiente: "Su Alteza me pidió que presentara ante el gobierno español su sugerencia de que España solicitara la mediación del consejo de Naciones Unidas contra la intervención armada rusa".

Todo lo anterior se confirmó después en el telegrama enviado a Bakach-Bessenyei a Nueva York, fechado un día más tarde, el 27 de octubre: "El Consejo de Ministros (español) votó la intervención de la ONU. ¿A quién se puede mandar en Viena el dinero recolectado por los refugiados? Te pido una dirección por telegrama. Marosy"8.

Como es lógico, se aludía a una intervención militar no directamente española, sino decidida en la ONU, en la que los españoles (como podemos ver en documentos posteriores) habrían desempeñado con gusto un papel decisivo.

A lo largo de este período, Marosy informó a Nueva York diariamente y el 28 de octubre de 1956 escribe: "Su Alteza me llama diariamente. Está de muy buen humor. Sin embargo aún tiene miedo de que la ofensiva rusa comience después de la sesión de la ONU. Corre el rumor de que a través de la frontera oriental llegan gran número de divisiones rusas"9.

En los días siguientes, el autor sigue informando de que "los acontecimientos húngaros provocaron entusiasmo y socorros espontáneos en España. En todas las iglesias del país se celebran misas por Hungría. La duración del programa húngaro radiofónico, hasta ahora de 20 minutos al día, se ha multiplicado por 12. Por iniciativa mía la Cruz Roja de España ha emprendido acciones de ayuda y recogida de dinero. La Embajada ya está saturada de donaciones voluntarias. Sólo la colonia húngara ha suscrito un subsidio de 4.000 dólares en dos días".

"En la mañana de hoy he hablado con el ministro sin cartera que dirige la presidencia ministerial que ahora substituye a Artajo y que, a la vez, es el principal confidente de Franco. A mi pregunta, de si pudiera cedernos un avión para el transporte de las donaciones de la Cruz Roja, me dijo que enviaría a 100.000 voluntarios también, si nosotros pudiéramos darles una misión. Por desgracia, según mis informaciones sobre la situación de hoy por la mañana, tuve que templar su optimismo. Pero si los EEUU hubieran tenido una posición similar, habría evolucionado la historia del mundo de manera diferente. Habría sido suficiente si se hubieran lanzado en paracaídas algunos cientos de voluntarios húngaro-americanos en la parte occidental de Hungría. Eso habría causado tal entusiasmo, que todo el país se hubiera unido a

los sublevados. Y la Unión Soviética no habría declarado la guerra (como tampoco lo hará en Suez, si los ingleses y los franceses lo ocupan)”.

“Según O(tto), en el Oeste de Hungría están tan desesperados por la inactividad de los EEUU, que ya odian más a los americanos que a los rusos”¹⁰.

El 4 de noviembre, Marosy resume a Franco los acontecimientos húngaros en una memoria de tono dramático y, en nombre de Otto de Habsburgo, pide que el Generalísimo autorice y posibilite la venta de granadas antitanque y el transporte de los voluntarios por avión. El dinero para las granadas antitanque había sido recogido por los húngaros residentes en los EEUU.

En otro escrito, Marosy indica también que el Estado Mayor español no se negó a su petición y resume los antecedentes de esos días a Bakach-Bessenyei en su carta de 3 de noviembre, enviada a Nueva York.

“Anoche Bácskaí, el ex corresponsal de la Oficina Telegráfica Húngara (MTI), con quien me había encontrado cuando era jefe de prensa, me llamó desde Washington (con nombre fingido, por supuesto) y me preguntó si yo podría comprar tubos de chimenea (Ofenrohr, bazooka) por la suma de 500.000 dólares, para lanzarlos desde los aviones para nuestros patriotas. Él se encargaría de la adquisición de los aviones voluntarios y sería condición previa que las armas no tuvieran ningún signo de su procedencia americana. El resultado de mis indagaciones, que hoy me ha sido comunicado por teléfono, es que España está bien provista de la munición mencionada porque se fabrica en Toledo y ya enviaron gran cantidad a África en otras ocasiones.

Además, existe un modelo nuevo que es mejor porque se puede disparar desde un fusil. Pero no se puede comprar de modo privado, sino que depende de la autorización del Estado Mayor.

También me dijo que podíamos obtener todo (no es cuestión de dinero), pero la condición previa es que O. lo pida a Franco. (No es culpa mía que O. le merece mayor respeto a Franco que yo. Pero no hay ningún húngaro en el mundo que tenga mejor reputación que el cabeza de la casa de Austria)”.

Después Marosy habla sobre el ofrecimiento de voluntarios húngaros y sobre la notable suma del dinero recolectado que él mismo envió a László Batthyány a Viena, que fue repartida como socorro y, finalmente, constata:

“La abnegación española sigue siendo grande. Sólo tengo miedo de que se enfríe al oír que los rusos han ocupado de nuevo nuestro país sin resistencia.

El asunto egipcio (aunque entiendo por completo la actitud de los ingleses y franceses) nos viene muy mal, porque distrae la atención. Y tal vez nos consideren objeto de canje. Ahora debéis intentar impedir algo así”.

El 10 de noviembre Marosy envió un resumen sobre la actitud española a Bakach-Bessenyei, con el objetivo de que el Comité Nacional Húngaro (MNB) lo mandara también a la presidencia de los EEUU.

En este informe, Marosy menciona que el ministro de Asuntos Exteriores, Artajo, el 5 de noviembre le convocó para informarle de la reacción española ante su memorándum de 4 de noviembre: “Next day I was summoned to Artajo, who communicated to me, that the Head of the State has in principle decided, that every possible help should be given to the Hungarian nationalist fighters, and he specially delegated a General, with whom I should work out all details”. Con el general se acordó la entrega gratuita a los sublevados de armas antitanque y 10.000 fusiles de parte española, pero para el transporte habría sido necesario la ayuda de los EEUU¹¹.

A pesar de las promesas anteriores, a última hora, EEUU acabó por negar su apoyo, igual que la aviación alemana.

Los hechos que relata este informe se registrarían más tarde en las memorias de Marosy y en ellas se pone de manifiesto que decenas de miles de personas se presentaron como voluntarios para luchar contra las tropas soviéticas.

Por ejemplo, los estudiantes de la Universidad de Valladolid se presentaron en grupo y (añade Marosy) entre los voluntarios estaban también los dos hijos del ministro Artajo.

Éste informó a Marosy de que 2000 voluntarios húngaros llegarían para luchar desde Canadá e

Inglaterra, si España pudiera trasladarles a territorio húngaro¹².

Pero los españoles no tenían medios de transporte y los EEUU y las grandes potencias europeas se negaron a apoyar la acción organizada por los españoles.

Un documento de noviembre de 1956, aparecido entre los informes de Marosy, merece ser mencionado en este tema. En él, Marosy relata a Bakach-Bessenyei la visita en Madrid del general András Zákó, el comandante de la Comunidad de los Soldados Húngaros (MHBK)¹³, la que fue organizada por Marosy y el intérprete de Zákó era el secretario de Marosy¹⁴.

La finalidad del viaje del general Zákó (que ya antes había estado más veces en España) era informar a España (ya que era el país más solidario con el asunto húngaro) sobre la situación de la lucha y de los asuntos militares de Hungría.

Así, escribe Marosy:

“Zákó afirma que los rusos perdieron aproximadamente 800 tanques y 5000 soldados en las luchas de Hungría y este número supera la pérdida de los combatientes húngaros. La pérdida total de los húngaros –descontando las deportaciones– llega a los 15-20.000 muertos, pero la mayoría de estos es civil. Fueron personas que no lucharon, sino que fueron víctimas de los crueles cañoneos rusos.

El cuadro oficial del llamado ejército popular está compuesto por de jóvenes de en parte de origen obrero y campesino y, en parte, de oficiales que cursaron estudios en academia militar y ex subjefes del anterior real ejército húngaro. Éstos, últimamente ya tenían el grado de oficiales de primera y, como tales, estaban en cargos de comandantes de batallones y de regimientos. Los antiguos suboficiales pasaron a oficiales de primera mientras de los de origen obrero y campesino se convirtieron en jefes, y, casi sin excepción (según el informe de Zákó), se unieron a los sublevados desde el primer momento.

Como consecuencia participaron activamente casi en seguida en la lucha por la independencia. Sin embargo, la caída del comando más alto impidió la cohesión y la proyectada incorporación a la lucha de estos cuerpos.

Hubo intentos de concentrar bajo un mando unificado al ex ejército popular (rebautizado como ejército de defensa), a la milicia nacional formada por combatientes civiles y a una parte de la policía que no formaba parte de la temerosa Oficina de la Defensa de Estado (ÁVH) y constaba de unas 15.000 personas y que también se unió por completo a los rebeldes. En estas iniciativas, los ex oficiales del ejército húngaro, que siguieron en el ejército popular tuvieron un papel primordial, y, por los datos de que se dispone, superaron en profesionalidad militar a los recién llegados. Por ejemplo, un general de división, llamado Béla Király, que antes, en el ejército de Horthy, era sólo capitán del Estado Mayor, llegó a ser capitán general. A este grupo perteneció el coronel Pál Maléter, ex segundo teniente de infantería.

Sin embargo, la nueva intervención de los rusos (4 de noviembre) ya no dejó tiempo para que se organizara un mando unificado.

Según las palabras del general Zákó, la Comunidad de los Soldados Húngaros hizo todo lo posible para ayudar militarmente la sublevación, pero los rebeldes pidieron que la emigración no participara activamente porque podía influir desfavorablemente en las negociaciones con los rusos que, en aquel entonces, progresaban satisfactoriamente, según los rebeldes. Así pues, la Comunidad de los Soldados Húngaros se limitó a ofrecer a algunos de sus hombres que para dirigir militarmente a los universitarios.

Según ese criterio, 44 ex-sargentos de la legión extranjera francesa recibieron cargos para liderar a los estudiantes de la facultad de ingeniería de minas, forestal y metalurgia de Sopron.

Los enviados de la Comunidad siguieron en Hungría, aún cuando 800 estudiantes y 9 profesores de la Escuela Normal de Sopron se habían retirado a territorios austriacos.

Según Zákó, después de la traición de los rusos el 4 de noviembre, los sublevados modificaron sus demandas, y pidieron a la emigración que ayudara con armas y militares a la revolución, pero ya no hubo tiempo para nada por la intervención rápida de los rusos.

La última demanda había sido que la diplomacia de la emigración hiciera todo lo posible en pro de la intervención militar del Occidente.

Finalmente, Zákó dijo que había establecido comunicación permanente con los jefes de la sublevación y que, en su opinión, la revolución estallaría en primavera con fuerza renovada. Según él, la emigración húngara tenía que prepararse para acudir con armas auxiliar a los rebeldes nacionales en el momento oportuno, pero no se acordaron los detalles con los españoles en presencia de mi secretario”.

Zákó confiaba todavía en un rebrote de la revolución y, añade Marosy “Parece probable que se hicieran propuestas concretas respecto a eso, en francés, a los españoles en ausencia de mi secretario”. Además de eso menciona que Zákó eludió las comparecencias públicas y las preguntas concernientes a Otto de Habsburgo¹⁵.

Probablemente Marosy tenía razón cuando suponía que Zákó hubiera planteado sus grandiosos proyectos y propuestas militares ante el Estado Mayor Conjunto español en negociaciones aparte. En el Archivo de Asuntos Exteriores de Madrid existe un plan en castellano, sin firma y escrito en el Centro Europeo de Documentación e Información, que fue el centro español de coordinación de las organizaciones emigrantes de la Europa Oriental. Su título es: “Lo que debe hacerse en este momento”. Es de suponer que en ese plan militar se expusiera el proyecto de Zákó.

El plan impulsaba la organización de una comandancia militar común en Europa centro-oriental, con un centro polaco-báltico y con otro sudoriental, con divisiones húngara, eslovaca, checa, sudeta-alemana, rumana, búlgara y croata, de 5000 personas cada una. Según este proyecto, el ataque contra los soviéticos podría empezar con una sublevación checa y la iniciativa podría ser financiada por los EEUU.

Por último, afirmaba que “Actualmente, España es el único país por todo el mundo donde se podría preparar este asunto”. Ésa sería la misión de España y el país sería territorio perfecto porque no tenía relaciones diplomáticas con los países comunistas.

La preparación del plan se calculaba en tres años y planteaba también la posibilidad de una limitada guerra atómica contra la Unión Soviética.

La anotación escrita a mano menciona además que: “aquí está un nazi húngaro de Alemania”, “el hijo del general Gömbös”, que también

quería sondear las intenciones militares de los españoles¹⁶. Pero las notas españolas precisan lo siguiente: “Sería posible un amplio plan de Europa Oriental contra los soviéticos con el general Zákó. El Estado Mayor Conjunto español estaría ‘en teoría’ en tal acción, si también los americanos la apoyaran”.

Un memorándum secreto, sin firma, probablemente escrito en estos días y destinado a uso interno español, con la exposición de la actividad caritativa y humanitaria de los españoles, consideraba necesario no sólo la elección y el control más severo de los refugiados húngaros, sino también, “Lo que es más importante, saber que España es el único país que podría coordinar el apoyo de las fuerzas activas que luchan por la libertad”. En este sentido, el autor del memorándum propuso que, de una parte, con el dinero recolectado se hiciera un fondo secreto “para las necesidades futuras de la lucha anticomunista, ya que no hay otro país en el mundo del que se pueda esperar ayuda (para el apoyo de los patriotas y rebrote de la sublevación, ambas, lógicamente, acciones ilegales más allá del talón de acero. Igualmente, los costes de la propaganda y de las acciones políticas y militares)”.

Por fin, el memorándum concluye: “Sería necesaria la creación de un fondo secreto y especial que solucionara el importante problema de la ayuda práctica en el caso de la liberación, y la suma estaría en manos del Gobierno...”¹⁷.

A comienzos de 1957, estos proyectos ya no figuraban entre los planes de la cúpula militar española, pero estuvieron presentes durante mucho tiempo en la prensa y en los análisis políticos húngaros de la rebelión de 1956.

En este capítulo, nuestro interés prioritario ha sido resaltar un aspecto de los acontecimientos húngaros de 1956: el intento de intervención militar española. A este respecto, también deseábamos dejar constancia de que lo escrito en las memorias de Marosy sobre la gran resonancia que tuvo la intervención española, no era exagerado. En aquel entonces, tanto la prensa como la iglesia católica y todos los aparatos estatales de España mostraron gran solidaridad con Hungría, y España defendió con fuerza el caso húngaro también ante la ONU. Es algo reseñable, aunque sepamos que, para el régimen de Franco, bastante aislado internacionalmente hasta ese momento, el ‘56’ húngaro fue una buena oportunidad para

demostrar que España pertenecía al Occidente anticomunista y que hacía todo lo posible para la liberación de los pueblos oprimidos de la Europa Oriental. La legitimación internacional de la dictadura de Franco era un objetivo de primera magnitud y el estado franquista, por primera vez desde 1939, surgió con fuerza en la escena internacional y, por añadidura, al lado de los poderes democráticos occidentales¹⁸.

María Dolores Ferrero, en el libro mencionado, llegó a la constatación de que la solidaridad gubernamental española a favor de la revolución húngara de 1956 consolidó del régimen de Franco y tuvo un papel importante en la prolongación del sistema autocrático¹⁹.

Desde 1957 España tuvo un papel activo en la ONU en la llamada “cuestión de Hungría” con un personaje muy crítico, Artajo (el ministro de Asuntos Exteriores)²⁰.

El Archivo de París del Gobierno Republicano Español en el Exilio guarda también una carpeta sobre la actitud de los republicanos respecto a la revolución húngara de 1956 y sobre otros documentos que muestran la solidaridad con la revolución. El Gobierno Republicano en exilio publicó una declaración sobre la revolución húngara, en noviembre de 1956. La primera frase de ésta muestra la analogía entre el destino del pueblo húngaro y el español, aludiendo a las semejanzas entre la dictadura franquista y la soviética:

“Es natural que el pueblo español sea más sensible que ninguno al problema húngaro, por haber sido él mismo víctima hace veinte años, de una desventura semejante, cuyas consecuencias aún perduran”.

Con esta declaración, el Gobierno de la República Española en Exilio no se dirigió, sin embargo a la ONU porque consideraban que sus miembros no tenían verdadero interés y actuaban con frecuencia contra las ideas humanitarias.

Por eso los republicanos se dirigieron directamente a la opinión pública mundial para impedir “la tragedia de un pueblo noble”. El gobierno en el exilio proponía un plan detallando en diferentes puntos los pasos que, según ellos, debía haber seguido el pueblo español veinte años atrás:

- evacuación de las fuerzas militares extranjeras,
- garantizar la neutralidad de Hungría,

- elecciones libres,
- el acuerdo de las fuerzas políticas en los problemas más importantes, como: amnistía general y renuncia a toda política de represalia,
- libertad de expresión
- libertades y derechos políticos iguales a todos los ciudadanos,
- renuncia al sistema de partido único y pluralidad política,
- respeto a todos los cultos religiosos,
- libertad de prensa y de enseñanza.

Además, sería necesario conceder a Hungría empréstitos extranjeros, destinados a la reconstrucción económica.

La declaración fue enviada no sólo a los medios más importantes de la prensa internacional, sino también a más de cien influyentes políticos, hombres públicos y escritores, entre otros, Churchill, De Gaulle, Madariaga, Sartre, Camus, Mitterand, G. Bidault, von Brentano, algunos de los cuales, como el general De Gaulle. Contestaron con cartas.

Esta carpeta de la República Española tiene una relación también con Szeged: contiene una carta de la Universidad de Szeged, fechada el 3 de noviembre de 1956 y destinada a las universidades de todo el mundo, pidiendo su solidaridad. Esta carta fue firmada por el rector, Dezső Baróti y otros 14 profesores. La iniciativa de esta acción partió del *Committee on Science and Freedom*, presidido por Mihály Polányi, profesor húngaro de Manchester, que envió un telegrama al gobierno de la República en el Exilio, pidiendo a los republicanos que lo divulgaran en las universidades con las que estaban en contacto invitándolas a firmar y emprender acciones de protesta a favor de Hungría y de los científicos e intelectuales húngaros²¹.

En octubre y noviembre de 1956, la prensa española mostró una enorme solidaridad, informó sobre las manifestaciones a favor de los húngaros, las misas y la recogida de donaciones. En estos días, grupos de todas las ideas políticas se pronunciaron activamente a favor del caso húngaro. Pero, desde el 9 de noviembre, el desarrollo y futuro de la revolución húngara se abandonaba como tema principal en la prensa²². Al mes siguiente, en diciembre, el tema desaparece por completo de las páginas de los periódicos y desde 1957 los futbolistas constituyeron “el problema húngaro”.

CONSIDERACIONES FINALES

Como conclusión, a la vista de todas las fuentes consultadas, es necesario afirmar que, pese a todo lo expuesto, el “asunto húngaro” no perdió su importancia en la Naciones Unidas. El debate sobre la intervención soviética y sobre el gobierno de János Kádár estuvo presente hasta 1962 en los escenarios de la ONU. En este debate, España, con la participación activa del ex-ministro de los Asuntos Exteriores, Artajo y, con la de muchos otros embajadores latinoamericanos, trató insistentemente los sucesos húngaros atacando principalmente a la URSS.

Hay que distinguir, por tanto, diferentes grupos en la emigración húngara, que no tuvieron la misma posición con respecto a la solidaridad hispana: mientras “la vieja emigración”, es decir, los partidarios del ex-gobernador de Hungría Miklós Horthy, la derecha autoritaria y, la ultraderecha húngara en exilio saludaron con gran entusiasmo la actividad diplomática de Francisco Franco y elogiaron la solidaridad que les prestaban los embajadores de las oscuras dictaduras de Stroessner (Paraguay), Batista (Cuba), Pérez Jiménez (Venezuela) o Trujillo (República Dominicana), muchos otros líderes democráticos de la revolución húngara en exilio, la “nueva emigración”, (Anna Kéthly, Béla Király...etc.) rechazó ese tipo de solidaridad anticomunista de las dictaduras hispanas. Marosy informó a sus superiores en Nueva York sobre estas discrepancias entre los húngaros. En una carta de 22 de enero de 1957, Marosy explica que en Strassbourg se había organizado un Consejo Revolucionario Húngaro, con la participación de los políticos democráticos-revolucionarios en exilio, y, según él, este Comité sostuvo una posición enemiga hacia el régimen de Franco, “tan amable y empático con los asuntos húngaros”.

Así pues, los miembros del Consejo Revolucionario Húngaro no aceptaron el apoyo de los dictadores y sobre esta posición escribe Marosy dando a conocer la opinión y actitud ante los hechos de Anna Kéthly, jefa del Partido Socialdemócrata Húngaro en exilio. Dice: “cuando algunos revolucionarios húngaros le propusieron a Kéthly hacer contacto con el embajador cubano que había apoyado en la ONU el asunto húngaro, Anna Kéthly negó hacerlo porque según ella Cuba es un estado fascista y el embajador lo es también. Por eso está prohibido realizar contacto con él”²³.

Es decir, desde enero de 1957, en la emigración húngara surgió un profundo conflicto político entre la vieja y la nueva emigración, autócrata una y antisoviética y representante auténtica de la revolución húngara la otra. La vieja emigración había mantenido el ideal de la monarquía y había luchado por la restauración del autocrático régimen anterior. Los jefes de la nueva emigración de 1956 tenían otra visión política sobre una Hungría democrática, pluralista, republicana y, en algunos casos, sobre un socialismo democrático.

En la escena internacional, la corriente democrática fue la que recibió más apoyo político, por lo que el *Comité Nacional Húngaro de Nueva York* terminó su actividad en el año 1957 y, sin este apoyo, la Real Legación de Hungría en Madrid y su ministro, Ferenc Marosy, perdieron irremisiblemente su importancia.

NOTAS

¹ Ferrero Blanco, María Dolores, *La revolución húngara de 1956. El despertar democrático de Europa del Este*. Huelva, 2000. El libro fue cofinanciado por la Embajada de España en Hungría, por el Instituto Siglo XX de Budapest, por la Universidad de Huelva y la Junta de Andalucía. Asimismo, la autora ha recibido este año una condecoración por ese libro del ministerio de Asuntos Exteriores húngaro a través de su Embajada en España, en la Recepción celebrada con motivo del 50 aniversario de la revolución, el día 24 de octubre de 2006. Quien suscribe este artículo escribió hace ya dos años una reseña sobre esa monografía en Anderle, Ádám, “Aspanyol látószög”. *CLIO*, 3 (2004), 166-169.

² Eiroa, Matilde, *Las relaciones de Franco con Europa Centro-Oriental (1939-1955)*. Barcelona, Ariel, 2001.

³ Anderle, Ádám, “1956 és a spanyol katonai beavatkozás kérdése” (1956 y la cuestión de la intervención militar española). *Kutatási Közlemények*, 2 (2001), 55-63.

⁴ Anderle, Ádám (ed.), *A Marosy-iratok. Magyar királyi követség Madridban. 1948-1957* (Los despachos de Marosy: Legación Real de Hungría en Madrid. 1948-1957). Szeged, Hispania, 2002.

La España de Franco no tenía relación diplomática con la Hungría comunista después de la segunda guerra mundial cuando miles de húngaros vivían en diferentes países de Europa sin documentos. En esta situación Otto de Habsburgo en un encuentro (1948) pidió del general Franco el permiso de reabrir la legación real de Hungría (legación del período anterior de Miklós Horthy, 1920-1944) para ayudar los emigrantes húngaros. La legación real editó pasaportes, redactó documentos oficiales para los húngaros en el exilio. El estatus del ministro Marosy

fue “oficioso”. La legación real terminó su vida en el año 1969.

⁵ Una parte de las memorias manuscritas procede de una cortesía de Zoltán Rónai, publicadas también en húngaro y alemán. Rónai, Zoltán, “Magyar királyi követség. Madrid. 1949-1969”. *Magyarság*, 18 de abril de 1987, y “Königlich-Ungarische Gesandtschaft. Madrid. 1949-1969”. *Ungarn-Jahrbuch*, 1992. München, 1993, 147-161.

⁶ Anderle, Ádám (ed.), *A Marosy-iratok...*, op. cit., 12-13.

⁷ Archivo Nacional Húngaro (MOL), P.2006, Caja 6, legajo 59-60.

⁸ Anderle, Ádám (ed.), *A Marosy-iratok...*, op. cit., 119-120.

⁹ *Ibid.*, 121.

¹⁰ *Ibid.*, 122.

¹¹ *Ibid.*, 123.

¹² *Ibid.*, 128.

¹³ En húngaro: “Magyar Honvédek Bajtársi Szövetsége”.

¹⁴ Anderle, Ádám (ed.), *A Marosy-iratok...*, op. cit., 131.

¹⁵ Archivo de MAE, Leg. R. 5209, sin fecha.

¹⁶ Archivo de MAE, Leg. R. 5291, Exp.37-38, Leg. R. 4466, Exp.1.

¹⁷ Archivo de MAE, Leg. 4466, Exp. 2. “Ayuda española a Hungría en su lucha contra el comunismo”.

¹⁸ Anderle, Ádám, *A spanyol-magyar kapcsolatok ezer éve* (Mil años de las relaciones húngaro-españolas). Szeged, 2006, 151-152.

¹⁹ Ferrero Blanco, María Dolores, *La revolución...*, op.cit., 360.

²⁰ Los documentos sobre la revolución húngara de 1956 están en el Archivo de París, dossier 280-13/1956 (nuevo registro: RE/52.3) en el título: “Nota oficial sobre el problema húngaro”. Vid. Alted Vigil, Alicia, *El Archivo de la II. República Española en exilio, 1945-1977 (Inventario del Fondo París)*. Madrid, 1993, 74.

²¹ Anderle, Ádám, “1956 és...”, op. cit., 61-62 e id.; Marosi, Ágnes, “A magyar forradalom és a spanyol köztársasági kormány” (La revolución húngara y el gobierno republicano en exilio). *Tiszatáj*, 10 (2006).

²² Aparece ya otro tema referido a Hungría, bien distinto, en la prensa madrileña: los futbolistas húngaros. Por primera vez el *ABC* habla, en un suplemento fotográfico, de los futbolistas del *Honvéd* (o *Kispest*) que llegaron el 22 de octubre de Hungría a España para jugar en el partido de la Copa de Europa contra el *Atlético Bilbao*. El 13 de noviembre, el *ABC* publicaba una entrevista con los jugadores del *Honvéd* e informaba sobre las victorias de éste en Francia y sobre la muerte de Puskás. El 23 de noviembre llegamos a saber que el *Atlético Bilbao* ganó por 3 a 2. El encuentro de desquite fue organizado en Bruselas y el resultado fue 3 a 3. Puskás metió dos goles, mientras Kocsis, uno. Anderle, Ádám, *A spanyol-magyar...*, op. cit., 153-154.

²³ *Id.* (ed.), *A Marosy-iratok...*, op. cit., 134.